

CARA Y CRUZ

Por **IGNACIO AGUSTI**

un senequista

ADLAI Stevenson, que murió en Londres hace unas semanas, tenía en su aire, en sus maneras y en su porte unos ciertos rasgos europeos. No, no era propiamente europeo lo que trascendía de la personalidad de esa figura americana. Era anterior a lo europeo. Había una cierta vibración y templanza senequista en lo que era Adlai Stevenson. Séneca afirmaba que no era necesario que los grandes filósofos fueran ejemplares vivientes de sus teorías. Podía él predicar la virtud, le generosidad, el desprendimiento y no acertar en vida a practicarlos como modelo de los demás. La filosofía o la ética son ideales que estos hombres se proponen y proponen a los otros, sin que muchas veces acierten ellos mismos a traducir en obras aquello que explican y difunden. Adlai Stevenson era de esos hombres que, según el retrato que de él nos da Walter Lipmann, excedía del americano común y corriente. Su vida y su apostura eran, más bien, un ideal que un prototipo de los americanos. Añade el comentarista que éste ideal, que representó Stevenson, se halla, por cierto, cada vez más alejado de la realidad americana. Y concluye que es difícil que en el porvenir, al paso que van las cosas, pueden repetirse con frecuencia este tipo de hombres que hacen de su vida un ejercicio intelectual y moral.

Ese ideal de los americanos, o ese americano ideal, murió de pronto en el curso de un paseo, en plena calle londinense, en la primera parte inaugural del estío, cuando todo es bello en la ciudad del Támesis y trasciende del aire un fragor a naturaleza y a vida ubérrima, en una ciudad de común manchada por las nieblas y la humedad. Se abatió el ideal idealmente y sin agonía, por un paro brusco del corazón. Aún recibió de una de sus acompañantes ese dramático beso vital, que es como una efusión tardía y desesperada de nuestro propio aliento en el desfallecido pulmón; pero fue inútil. El corazón de Stevenson había resuelto no volver a palpar y quedó pronto para las exequias, que han sido brillantes en su tierra natal. A nosotros nos parece que ésta es también una muerte senequista; una muerte que no hubiera desdeñado Séneca de haber vivido en nuestra hora y en el vértice de los problemas que se plantean a un espíritu fino y diplomático como el de Stevenson. Había en esa caída inesperada y fulminante de Adlai Stevenson como una resolución terminante de no durar más, al tiempo en que pretendía a la vez que su desaparición fuera concluyente y rápida, sin otros testigos que una brisa en la fronda y el rumor del río en lo bajo.

Existen hoy infinidad de recursos clínicos y terapéuticos para demorar la muerte por un ataque al corazón. Leemos que en la ciudad de Manchester, a cierto paciente le han hecho resucitar y volver a la vida hasta once veces consecutivas, reanimando con intervenciones y masajes un corazón desgastado. Este nuevo Lázaro zarandeado, conversaba con sus familiares y desdós a cada nuevo envite de vitalidad; los reconocía a todos y mantenía con ellos, a intervalos, lúcidos coloquios. La cirugía del corazón está logrando éxitos inesperados y fulminantes, que hubieran causado estupor y asombro hace sólo unos años. Nuestro modo de ver el potencial de cada uno de nuestros órganos ha cambiado sustancialmente a partir de estos alentadores experimentos. Hace unos lustros se creía que un simple roce en el corazón entrañaba la muerte. Había gentes provecas y ancianas desvalidas a las que se colmaba de mimos y de almohadones porque sufrían

de lo que entonces se llamaba un "soplo" en el corazón. Estas situaciones creaban en torno a estos pacientes un clima de solitud, muy aprovechado por sobrinos en situaciones de heredar y otras almas piadosas. Pero hoy el corazón es como una muela. Se le puede empastar, extraer, coronar de oro sin que por ello dejemos de masticar o de sonreír. El corazón es, pugilísticamente hablando, del peso fuerte, en tanto los pulmones o el hígado pertenecen al peso gallo o al peso pluma. Hasta poder resucitar once veces, le queda al hombre una confianza extrema en esta viscera informe y cálida.

Y sin embargo, al corazón de Adlai Stevenson le bastó con un soplo para ser apagado. Era, sin duda, un corazón a la antigua, desdeñoso de terapéuticas que entrañaran la eventualidad de que alguien, por experto que fuera, metiera mano en aquella caja hermética y llena de secretos. Sea por deformación idealista y retrógrada, de los que hemos sido educados en la romántica creencia de que en el corazón pervivían los resortes emocionales, sea por un simple pudor recóndito a no dejarse manipular en cueva tan recóndita y misteriosa, lo cierto es que Stevenson se marchó de aquí con el corazón intacto. Ni siquiera se aventuró, por lo visto, a dejárselo inspeccionar a través del radioscopio. En verdad, es ya alarmante ofrecer las palpitations de nuestro corazón a la mirada electrónica de esos aparatos que trazan una línea desigual, una especie de sorda caligrafía de la vida y de la muerte en unas tiras interminables, en las que los cardiólogos pudieran leer una parte secreta de nuestra biografía. Más vale, pensaría Stevenson, marcharse al otro barrio sin que tengan noticia de este autógrafo íntimo, sin la solfa de nuestra meditación profunda, sin rasgo alguno de nuestra palpitation vital.

Aí hubiera muerto probablemente Séneca, con claridad y sin aspavientos. A muchas gentes se les conocerá por el complejo que pueda producir en ellos el hecho de la muerte. Siendo como es la muerte el único acto irreversible que todos nosotros, sin excepción, debemos llevar a cabo sin el auxilio de terceros, siempre hemos pensado que debemos plantearnoslo no como una tragedia, sino como un acontecimiento usual. De la naturalidad con que aceptemos éste hecho depende en gran parte nuestra conducta en todas las contingencias de la vida. Sólo aceptando que la vida es un acontecimiento trágico podemos, según decía Keyserling, tener cierta grandeza al ir viviendo. Probablemente a Adlai Stevenson había infinidad de cosas del mundo que no le gustaban. Su temperamento, su formación, hasta su vocación nos hacen creer que no se sentía cómodo en las misiones que muchas veces le eran confiadas. Probablemente detestaba las condiciones de esta diplomacia que no especula simplemente con las ideas o con la razón, si éstas no se apoyan previamente en un número determinado de bombas, en tasación bravucona y sombría. Probablemente no estaba de acuerdo con los tonos de una agresividad ecuménica, con la técnica del soborno y del espionaje, con la mentira del ideal aplicada a unas simples ofertas y contraofertas de mercados o a unos enclaves estratégicos. Probablemente no estaba de acuerdo con nada de eso, pero lo llevaba a cabo con resignación y hasta con esa alegría de los escépticos, en el bañomaria de la cortesía y los silencios.

Probablemente lo que le gustaba a Stevenson era pasear por el Hyde Park una mañana de julio. Y allí se quedó, rodeado de mirtos y acacias, nimbado de jilgueros y rememorando a Séneca alguna vez.